

Mojica, Sarah de y Carlos Rincón, eds. *Autores del Quijote*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2005. 207 págs.

La pobreza de la crítica literaria en España y de la reflexión creadora de nuestros novelistas hasta bien entrado del siglo xx, explica que el influjo seminal de Cervantes se manifestara primero en Europa y luego en Iberoamérica antes de arraigar en la dura corteza de la Península

Juan Goytisolo (2005)

Lo primero que debe elogiarse es la idea misma que inspira estos dos tomos. En *Autores del Quijote* se reúnen “catorce autoras y autores que han continuado con la escritura de este libro o que dialogan con él. Sus textos parten de situaciones de la novela o en otros casos adoptan la perspectiva de alguno de sus personajes secundarios”, según se anuncia en la contraportada. *Lectores del Quijote* presenta, por su parte, “ensayos y estudios de catorce especialistas de América Latina, América del Norte y Europa que trazan un mapa de las lecturas contemporáneas relevantes del *Quijote*”. Esas lecturas “tienen como coordenadas las líneas innovadoras que van de Fiodor Dostoievski a Milan Kundera y de Georg Lukács a Michel Foucault”. Pero si “ideas”, “iluminaciones” de esta calidad son ya de por sí motivo de solaz y aplauso, lo más interesante es que, ante la empresa a que dan lugar, nadie puede llamarse a engaño: ideas como esas no flotan en el aire. Las respalda una innovadora –para algunos tal vez nada obvia– concepción acerca de la “verdadera historia” de los cuatrocientos años de escritura y lecturas del *Quijote* que tenemos a nuestras espaldas cualquiera de sus lectores actuales. Historia que, por tanto, se trata de hacer consciente y de festejar justo de esa manera.

La forma más adecuada de conmemorar el jubileo del *Quijote* es, para los editores y colaboradores de esos dos volúmenes del homenaje colombiano, aquella que parte de una pertinente comprobación como presupuesto indispensable. Se lo lee con todas sus letras en distintas formulaciones en los dos libros. En la introducción al tomo *Autores del Quijote*, aparece estampada con toda la sorna y el tono zumbón del caso, recogiendo la lección de Raimundo Lida en una conversación con Jorge Luis Borges a propósito del

soneto “Testamento de don Quijote”, de Francisco de Quevedo (247). Los editores dicen en esa introducción:

“No hay nadie tan necio que elogie el *Quijote*”, dictaminó hace cuatrocientos años Lope de Vega. ¿Conocieron esa sentencia conminatoria los autores de *Robinson Crusoe*, *Tristan Shandy* y *Moby-Dick*? Lo cierto es que sabemos que no fueron considerados tontos por escoger al *Quijote* como guía en el nuevo arte de escribir novelas. Lo mismo vale en sus siglos, en sus lenguas y en sus lares para Thomas Fielding, Denis Diderot, Jean Paul o Fiodor Dostoievski. Puede quedar, sin embargo, una duda: ¿acataron hasta ayer los novelistas de lengua castellana el juicio del Fénix de los ingenios? Así parece, pues hubo que esperar siglos y siglos hasta que surgieron en lengua castellana novelistas “hijos de *Don Quijote*”. En la lengua de Cervantes no hubo descendientes del *Quijote* hasta la llegada de esa pléyade de novelistas latinoamericanos del siglo xx, que va desde Carpentier hasta García Márquez y Fuentes. (9)

Luego hay algo más por destacar y celebrar. Hasta la publicación de *Autores del Quijote* ninguna generación de escritores colombianos (¿latinoamericanos?) había tenido ocasión o reclamado la legitimidad requerida –el derecho–, y se había tomado el trabajo de honrar al *Quijote* y a Cervantes como lo hace con este volumen de más reciente promoción de narradores (y poetas) colombianos, junto con otros de más edad que les son afines. Desde que se conmemoran efemérides de Cervantes y de la publicación de la “primera gran novela de la literatura mundial”, no se había dado el caso que se los festejara de esta manera: continuar escribiendo el *Quijote*. Para la joven generación de narradores colombianos esta ha sido la forma de celebrar ese libro como modelo en donde “todo es literatura y toda literatura es vida humana” (Werner Krauss), y a Cervantes como maestro del arte de narrar y novelar, y más conspicuamente, como creador de la (meta)ficción y consumado practicante del pastiche y la parodia.

Ese ha sido de diversas maneras, por lo demás, el modo como los jóvenes escritores colombianos vienen dándole forma a su arte de inventar y narrar historias ficticias. Se puede apreciar en *Los informantes* (2004) de Juan Manuel Vásquez, *Zanaborias voladoras* (2004) de Antonio Ungar, en el despabilante *Técnicas de mastur-*

bación entre Batman y Robin (2002) de Efraím Medina Reyes, con *Relato de Navidad en la Gran Vía* (2001) de Ricardo Silva, en Hugo Chaparro desde *Si los sueños me llevaran a ella* (1999), y *Todo en otra parte* (2004), la brillante primera novela de Carolina Sanín. Es también el santo y seña literario compartido por otros de los *Autores del Quijote*, como los cuentistas Enrique Serrano y Lina María Pérez, ganadores de premios internacionales prestigiosos (el Juan Rulfo y el Ignacio Aldecoa, respectivamente), Rigoberto Gil Montoya, que ha obtenido premios nacionales colombianos, y Andrea Cote, galardonada en 2005 con el Premio Ponts de Struga-Unesco.

El paso de los códigos literarios de la gran literatura moderna de la primera mitad del siglo xx (Proust, Joyce, Kafka, Faulkner), o moderna tardía de mediados de aquél (Beckett), al posmodernismo literario, tuvo con el pastiche una de sus líneas de trabajo más productivas. Moviéndose entre la celebración admirativa y la parodia distanciada de géneros o formas establecidos y de códigos pasados, con el pastiche la literatura posmoderna nació sabia y en medio de la risa.² Los *Autores del Quijote*, como realización que debe apreciarse en términos de grupo y conjunto, escogen para pasticharlos géneros y formas literarias muy particulares. Se trata de aquellos reputados como propios para hacer transparente el alma humana: la carta personal, el relato de sueños, la confesión autobiográfica, el monólogo interior que fluye sin cortapisas, la edición de papeles íntimos abandonados o legados. Otra opción de los *Autores del Quijote* es tomar los ceñudos arreos de la objetividad filológica, que pretende poseer el discurso académico erudito.

Cada una de esas formas, las de la pretendida sinceridad absoluta, la supuesta revelación completa del sujeto despojado de todos los velos, o las del gesto de alarde de un saber que quiere hacer creer que domina sus objetos resultan, en manos de los *Autores del Quijote*, muy posmodernamente quebradas desde dentro de sí mismas, por una ironización regocijante y risueña, o destructora. Consecuentemente, el lugar del lector en cada texto es inestable y lo mueve a adoptar una posición propia, frente al “mensaje” y sus “códigos”. Carolina Sanín presenta las turbulencias de las cuestio-

² Ver como ejemplo en Latinoamérica, a propósito de la cuestión del pastiche Ellen Spielmann, *Brasilianische Fiktionen: Gegenwart als Pastiche*. Frankfurt: Vervuert, 1994.

nes de género con una muchacha travestida que es sorprendida *in flagranti*, aparecida “por mi cuenta y de improviso” (169), que está hecha de letras, papel e imaginaciones de siglos de lectores (165-175). Los seis sueños de la aldeana Aldonza Lorenzo (55-65), sueños que sólo ella ha podido tener y conocer para recordar o no recordar, Antonio Ungar hace que los relate un narrador situado obviamente por fuera de ellos. La carta de Sansón Carrasco escrita por Enrique Serrano (113-119) es enviada por ese flamante bachiller de Salamanca al mismísimo don Quijote. Y la de Juan Manuel Roca la pone al correo Mateo Funes, alias el memorioso, habitante argentino de las *Ficciones* (1944) de Jorge Luis Borges, dirigida al español don Antonio de Miranda, hijo poeta del Caballero del Verde Gabán, que vio la luz en 1615, al mismo tiempo que su señor padre, en las páginas del segundo tomo del *Quijote* (137-145). Funes le hace allí confesiones de este tipo a don Lorenzo, que encuentro características de la situación de los personajes que aparecen en los otros textos:

Pero aquello que tanto me he inquietado de sus versos:

¡Si mi fue tornarse a es,
sin esperar más será,
o viniese el tiempo ya
de lo que será después...!

a cada tanto vuelve a mi como un *ritornello*, como si me rebelase ante mi creador y pudiera pensar más allá de los linderos de una portentosa memoria de archivo (144-145).

En la misma tónica, el monólogo a lo Molly Bloom de Aldonza Lorenzo, en la textualización que le da Gloria Guardia (69-80), conduce a que quien se encuentra condenada al silencio y a ser hablada por los discursos de otros en el *Quijote*, aquí no continúe callada ni monologue interiormente, sino se exteriorice en una muy impresionante perorata poética, ante el parlanchín y hablador cura que tanto dijo de ella y ahora la escucha sin poder chistar palabra. Pera ya el título nos tiene advertidos: “Sobre las mil zarandajas que Aldonza Lorenzo dijo al señor cura sobre ella misma, don Quijote, Sancho, Teresa Panza y Dulcinea del Toboso, mencionando hechos

tan descabellados, y hablando en un tono tan irreverente, que no se tiene por posible que los señores del Consejo Real dieran su consentimiento para imprimir este capítulo, por lo que se tiene el episodio por apócrifo”.

Los apuntes de Silvio Girón a propósito de los enigmas que hay en las relaciones de Quiteria con sus enamorados en las bodas que iba a celebrar con Camacho el rico, editados por Rigoberto Gil Montoya (149-161), son un delicioso juego intertextual que crea más y más interrogantes acerca de las indescifrables Quiterias de este mundo y de las relaciones que las ligan a sus posibles enamorados. Gil Montoya lo juega con ayuda de Borges, García Márquez, Hawthorne, siempre Cervantes, y otra media docena de autores. Y para aclarar otros enigmas, esta vez literarios, Ricardo Silva y Juan Gabriel Vásquez convierten el discurso de la seriedad-verdad filológica en solfa lúdica de la erudición cervantina. Es así como sabemos el por qué de la desaparición del asno de Sancho Panza en el capítulo xxiii de la primera parte (99-106); el de la aparición paradójica de don Álvaro Tarfe, salido de las envenenadas pluma y páginas de Fernández de Avellaneda, para tomar pie en las del *Quijote* cervantino (179-187); o se celebra en muchos tonos al héroe de todos los *Autores del Quijote*, y más en particular de Hugo Chapparro (85-94): el siempre grande y nunca suficientemente alabado zapatero e historiador Cide Hamete Benengeli, autor del *Quijote* mucho antes que el simbolista francés Pierre Menard.

Cada uno de los textos incluidos está precedido por una cita de Cervantes que documenta el punto de partida y testimonia lo congenial del nuevo escrito. La invención, el qué se narra, qué se trata en el respectivo texto, está así bosquejado por una huella del texto de Cervantes.

El arte personal de cada uno de los *Autores del Quijote* interviene para definir el cómo va a seguir escribiéndolo. Me limito aquí a dar el ejemplo de las tres formas en que aparece el personaje de Aldonza Lorenzo-Dulcinea del Toboso. Ungar se instala dentro del sueño de Aldonza, dentro del sueño en el sueño e inclusive dentro del sueño que Aldonza olvidará. Lo hace de acuerdo con el ritmo externo de la naturaleza, las estaciones, la siembra, el cultivo, la cosecha, con los fríos, los calores y la fatiga del cuerpo que trabaja. Pero, al mismo tiempo, somete los sueños narrados al ritmo de la pulsión y el deseo “inconsciente” que los crea. Lo hace hasta llevar a

resituar, en medio del asombro, nuestra lectura de esos sueños, convertida en lectura-sueño. De modo que en la última línea del fragmento que cuenta el sexto sueño, un sueño reivindicativo apocalíptico, leemos que tras las llamas aniquiladoras “Aldonza Lorenzo no aparece por ningún lado”. A lo que sigue, sin interrupción alguna, esta frase: “Aldonza despierta sobresaltada” (65). Guardia, por su parte, juega con los registros del léxico, la sintaxis y la fonética castellanos del siglo XVI y el fraseo del célebre monólogo que cierra *Ulysses* leídos / dichos en voz alta. Con el cortocircuito Cervantes-Joyce / español-inglés, una hasta ahora silenciada Aldonza, que se sabe aldeana y se cree a la vez Dulcinea, puede dejar de ser objeto de proyecciones y decir con todas las letras / la voz las verdades que han ignorado el cura, el canónigo, el bachiller Sansón Carrasco y, por sobre todos, los lectores del *Quijote*, por culpa del “mendaz engañador, de sangre árabe” (74), el “galgo” (78) Cide Hamete Benengeli. El ritmo, el fluir del material lingüístico de su soberbia imprecación ante el tribunal de la verdad, que instaura su indignación contra tantas “falsedades” contadas sobre ella, está dado de ese modo por el de sus asociaciones. Finalmente, en un aparentemente vivido y sentido texto “autobiográfico” y “confesional”, titulado “De cómo Dulcinea intenta revolcarse con Sancho en un establo” (123-132), Efraím Medina Reyes juega el juego a fondo. Si Dulcinea-Aldonza es tan, pero tan “seductora”, entonces debe seducir, así tenga que sacarla a ella y a Sancho del género literario en que Cervantes les dio el ser: “Dulcinea se levanta y se quita el vestido, Sancho la observa con la boca abierta” (130). Pasan de ese modo subrepticamente a otro escenario, especie de mezcla del musical *El hombre de la Mancha* con derivaciones de las películas protagonizadas por legendarias estrellas porno de la categoría de Jenna Jameson y Traci Lords. ¿El resultado? Después que Sancho se niega a salir eróticamente de los parámetros quijotesco-cervantinos, se puede hoy plantear y responder de nuevo, con ayuda del *Quijote* y la sombra de un padre fallecido en un accidente absurdo, la pregunta por la legitimación / el derecho de la escritura / la lectura: “si leer no es atravesar lúcidas dimensiones que nos transformen y fortalezcan ante el dolor y la estupidez. Si leer no es soñar que somos diferentes y capaces de vencer la mentira e inventar un mundo más justo, un mundo donde las chicas lindas amen a los flacos feos pero buenos de espíritu... si leer no es todo eso, y cada

cosa que quiere agregar un lector, estaríamos perdidos” (131-132). El *Quijote* parece convertirse así, ante el trauma de la pérdida irremediable, en objeto transferencial maravilloso, en aquella ficción leída que ha podido llevar (al autor y al mundo moderno) hasta la escritura: “Mi padre no ha muerto; está tan vivo como aquel día que trajo el *Quijote* a casa, y sin saberlo unió mi vida a la literatura” (132). De las “magias parciales” que fascinaban a Borges hemos pasado a la magia del *Quijote* como inventor de la ficción: mantener –mejor que resucitar– en vida, afirmar la vida contra la destrucción y la muerte.

Un poeta escribió que “Colombia es tierra de leones”. Borges hizo eco a otra frase, “Colombia es tierra de poetas”, para deseárselo a la literatura colombiana que después de que sus vates habían trabajado tanto, tuviera por fin algún día un poeta mayor. Ese voto debe relativizarse, no sólo por que el concepto de poesía de que partía Borges está revaluado, sino por que el “milagro secreto” al que Borges como poeta aspiró y no se cumplió fue llegar a ser un gran novelista. Sea como fuere, me es grato descubrir que Teobaldo A. Noriega, el autor del mejor estudio crítico sobre la generación anterior de narradores en Colombia, *Novela colombiana contemporánea: Incursiones en la posmodernidad* (2001), es también autor de un buen poema, “Caballero de la fe” (40-45), que abre digna e irónicamente *Autores del Quijote*. Tras la descripción de los preparativos para la primera salida de don Quijote y del reconocimiento de “la triste soledad que le acompaña”, se lee:

Del inútil intento convencido pareces ver la luz.
Nuevamente traspasar la puerta del corral
te deshaces de todos tus pertrechos
–en el establo ya has dejado la cabalgadura–
y regresas a tu lecho de cristiano viejo
con la esperanza de encontrar alivio en el sosiego.

Antes de acomodarte le pides a tu Dios
te conceda el milagro de ese otro feliz día
en que surja el fabulador que te redima.
Otro ingenioso hidalgo armado de una pluma
escribiendo la historia que sabemos. (44-45)

Pero me satisface todavía más, por qué no decirlo, que Colombia parece en camino de ser por fin, con la novísima generación de novelistas reunidos en este libro, “País de narradores profesionales”. *Autores del Quijote* resulta así, involuntariamente, un libro dotado de los poderes de un manifiesto.

El excelente diseño de la portada y contraportada del libro, realizado por Julián Zalamea, al darle un tratamiento gráfico unitario al conjunto de su superficie como si fuera un lienzo, a la vez que reconoce y trabaja, relativiza en un collage-palimpsesto la idea de tapa y contratapa. Destaco esto porque, además, el conjunto de los textos, que están distribuidos a lo largo del libro de acuerdo con los capítulos del *Quijote* de donde son extraídas las citas de que parten, aparecen “empastados” entre otras dos “contratapas”. Quiero decir, entre dos textos especiales por dos motivos: escritos por escritoras, se encuentran entre los más logrados del libro y no dependen directamente de personajes o situaciones del *Quijote*, como se lo proponen programáticamente el resto de los textos. Lina María Pérez “inventa” (25-33) una delirante Catalina de Salazar, esposa de Miguel de Cervantes, que “inventa” en su semidelirio al caballero don Quijote de la Mancha para narrar aventuras como las de los libros de caballerías. Aquél la escucha como “fisgón impenitente” que andaba a medias perdido, en busca de “materia y alma” para escribir “un gran relato que vaya en contra del uso”. Al final Cervantes se apropiará de ese relato-delirio, siendo Catalina en realidad la “autora” del *Quijote*. Andrea Cote escribe, por su parte, un magnífico pastiche: “edita” el manuscrito de la crónica risueña, pletórica de comprensión amable, sin burlas sangrientas, de las ingenuidades y francas ridiculeces de la velada lírico-literaria con que los bogotanos, en el Teatro de Cristóbal Colón de la capital colombiana, celebraron pueblerinamente en 1905, como cuenta la crónica “original” de *El Nuevo Tiempo*, el tercer centenario del *Quijote*. “El final de la velada fue un acto imponente. En el fondo del escenario se destacaba el busto de Cervantes, que al empezar a tocarse la marcha real española fue iluminado con bellísimos efectos de luz eléctrica” (199). Luego, era lo que faltaba, graciosas damas lo coronan de laureles. Debo agregar que si leo *Autores del Quijote* como una antología o un “corte transversal” de la producción literaria colombiana novísima, me sobran deseos. Desde Homero o Li Po todos los poetas de todos los tiempos han escrito versos por encargo. Me hubiera

Reseñas

gustado mucho leer versos encargados a Mario Rivero, Santiago Mutis e, inclusive, Uriel Ospina. Es una tarea que “la bien tajada pluma” de Jaime García Maffla no cumple de manera feliz. Me habría agrado leer prosas de Santiago Gamboa y Laura Restrepo. Una de dos: los presupuestos financieros tienen un tope; no sé si lo tenga el manejo del tiempo cuando se trata de hacer homenaje a un monumento literario tan exaltante como el *Quijote*. En todo caso, imagino ediciones repetidas, pero no ampliadas de este libro, así que el manifiesto se queda con los nombres de los que lo firmaron.

Cuando todavía era costumbre en España denigrar de Cervantes calificándole de “ingenio lego” que no alcanzaba a comprender la grandeza del personaje que había creado con don Quijote, José Ortega y Gasset se pretendió en 1914 “nieto de Cervantes”. Carlos Fuentes, como novelista latinoamericano, se sabe “hijo de don Quijote”, y supo proclamar hace más de diez años por qué y quiénes son los novelistas del Nuevo Mundo que pertenecen a esa progeñie. Por eso hay que saludar que el “Elogio de la incertidumbre” (15-19), alabanza del *Quijote* hecha por Fuentes en 2005, anteceda a los textos de *Autores del Quijote*: “Cervantes y el *Quijote* son la constante advertencia de que el lenguaje es cimiento de la cultura, puerta de la experiencia, lecho del mundo, azotea de la imaginación, recámara de amor y, sobre todo, ventana abierta al aire de la duda, la incertidumbre y el cuestionamiento” (18).

Universität Jena

Ellen Spielmann

Rojas Otálora, Jorge, ed. II *Jornadas filológicas in memoriam Jorge Páramo*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia / Universidad de los Andes. 2004. 199 págs.

Este libro contiene nueve textos que sirvieron de base a las conferencias dictadas en las Segundas Jornadas Filológicas que se llevaron a cabo a principios del año 2003, organizadas por los departamentos de Filología, Lingüística y Literatura de la Universidad Nacional de Colombia, y de Literatura de la Universidad de los Andes.

Las conferencias giran en torno al análisis de textos y problemas del lenguaje. Los textos analizados son muy variados: se encuentran desde estudios acerca de la retórica de Cicerón y los diálo-